

ALBERTO Ghirardo y Andrés González Blanco editan las obras completas de Rubén Darío. La edición, a la rústica y en humilde papel, no hace honor al genio del gran poeta nicaragüense, pero no se puede hacer más en nuestra España. Nadie quiere pagar más de cuatro pesetas por un libro, aunque este sea del príncipe de los poetas modernos. Se lee poco, y, a la inversa de lo que pasa en los Estados Unidos, se compra menos de lo que se lee. Por otra parte, los editores españoles (son lo mismo en todo el mundo), se interesan muy poco por la cultura y por el pueblo. Lo esencial es hacer negocio. Pasarán muchos años antes de que hagamos allá estas ediciones magníficas que los editores norteamericanos entregan al público cotidianamente.

En cuanto al plan de los editores también tenemos que hacer algunos reparos. Desde el punto de vista artístico (han incluido en esta colección una infinidad de estrofas y de ensayos mediocres) la obra de Darío pierde muchísimo, porque estábamos acostumbrados a considerarlo como poeta altísimo, sin caídas, siempre lleno de gracia y elevación, y ahora, al penetrar en su obra anterior a *Azul* (1888) sentimos la amargura de reconocer al principiante rutinario, insignificante a veces. No creemos en los niños precoces y a la poesía de un genio de 11 años (a esta edad comenzó a escribir Darío) preferimos la obra madura de un poeta serio y de buen gusto. Desde el punto de vista bibliográfico y científico también deja la colección mucho que desear por cuanto ha dejado de incluir varios poemas, algunos de los cuales son bastante buenos.

Sin embargo, aplaudimos francamente los esfuerzos de estos recopiladores. Se necesita mucho desinterés para que estos dos artistas, dos creadores, se dediquen a coleccionar los trabajos de otro. Esta es labor de bibliotecarios, profesores y críticos. Demás de que la tarea es difícilísima en este caso. Darío, hombre errante y despreocupado, anduvo sembrando sus versos por cuatro continentes, y hoy, tanto se puede hallar un manuscrito suyo en poder de un negro bozal de Centro América, como en manos de un intelectual francés. Ahora sus poemas, como los huesos de Cristo y los clavos de la Cruz, tienden a multiplicarse y a subir de precio, saliendo algunos de ellos en pública subasta en estos países nuestros de cultura negativa. Hay que andar entonces con mucho cuidado en estas cosas a menos que nos den gatos por liebres. Afortunadamente no hay nada que temer de dos es-

Los primeros versos de Rubén Darío

El poeta a los doce años

píritus selectos como los de González Blanco y de Ghirardo.

El tomo primero de las obras completas nos trae el facsímil de la portada autógrafa, trazada por Rubén Darío, para su primer libro: *Poesías y artículos en prosa*. Se marca la fecha Julio 10 de 1881. En 1878 escribió Darío los primeros versos que aparecen en este volumen: *In Memoriam*, es decir cuando sólo tenía once años. Buscamos el famoso poema y nos encontramos con versos como estos:

El hombre ser afligido
viene aquí sólo a llorar;
mas su destino es tornar
al «Paraiso Perdido».

El camino
que le ha trazado el destino
es, amigo, corto, corto!

El es alondra que vuela
de su nido muy distante,
que pasa su vida errante
cual en los mares la estela.

Esto que para un niño de once años es un prodigio, es malísimo para quien aspire al nombre de poeta. Pero para el público grueso, acostumbrado a los poemas de Núñez de Arce y sus secuaces sonaba a perlas. El pobre Darío, con su aristocracia única, nos acostumbró a leer poemas impecables levantando cien codos el nivel de nuestra poesía. Si él no hubiera vivido, juzgando comparativamente, sus primeros versos serían hoy admirables, al lado de los de Núñez de Arce, Campoamor, Zorrilla y otros. Pero como en *La Rosa Niña*, *La Sonatina*, *Canción de Otoño en Primavera* y veinte más nos dió lo más exquisito que se haya escrito en lengua castellana, sus balbuceos infantiles nos causan cierto pudor. Nosotros habríamos quemado la mayor parte de los poemas que nuestro gran poeta escribió antes de 1888. Pero habríamos salvado de nuestro auto de fe cosas maravillosas. Aún no tenía quince años el precoz portalira cuando ya había escrito versos que cualquier poeta de su siglo habría firmado con orgullo. Zorrilla no habría desdeñado la estrofa que copiamos a continuación, y poetas de hoy como Manuel Machado se han enorgullecido más tarde con versos semejantes:

Si caballero, mi dulce amiga,
fuera de aquellos de arpa y loriga,

banda de seda, cigarra de oro,
lengua meliflua, cantar sonoro;
y si tú fueras amiga mía,
de alto castillo la castellana,
en noche umbría,
noche de vaga melancolía,
junto a las rejas de tu ventana,
linda sultana,
¿sabes lo mucho que te diría?

¿Acaso los precoces poetas ingleses Keats y Shelley han hecho cosas parecidas a los catorce años? Y yo dudo que pueda haber en toda la producción modernista (o romántica) un poema más espontáneo, más oloroso a campo, de más frescura que este *Del Trópico*:

Qué alegre y fresca la mañanita!
me agarra el aire por la nariz;
los perros ladran, un chico grita
y una muchacha gorda y bonita,
junto a una piedra muele maíz...

Sonando un cuerno corvo y sonoro,
pasa un vaquero, y a plena luz
vienen las vacas y un blanco toro,
con unas manchas color de oro
por la barriga y en el testuz.

En estos versos sentimos el campo directamente, no como en los poemas amanerados de Meléndez Valdés «porque huele a tomillo» sino porque se nos mete todo entero por las pupilas y nos baña en la emoción que el poeta aprisionó en las estrofas.

El niño-poeta comienza imitando y abriendo sendas nuevas. Hay mucho de Campoamor, más de Becquer, algo de Espronceda en sus primicias literarias. Hay raras semejanzas con versos de Martí:

Mucho señora daría
por tender sobre tu espalda
tu cabellera bravía,
tu cabellera de gualda.
Despacio la tendería,
callado la besaría.
Mucho señora te diera
por desenredar el nudo
de tu roja cabellera
sobre tu cuerpo desnudo.
Muy despacio la esparciera;
hilo por hilo la abriera.

(MARTÍ)

Rizos do la luz se quiebra
en sutiles resplandores.
¡Quién besara hebra por hebra
los suaves y tembladores
rizos do la luz se quiebra!

(DARÍO)

No necesito demostrar punto por punto la influencia de Campoamor en poemas como *Mundo Mundillo* y *Francisco y Elisa*. Además de la humorada (o dolora) contenida en